

Laicismo sin Fronteras

Conferencia pronunciada en la Universidad Partenón (UNAM)
de Cozumel, México - 4 de noviembre de 2009

Por Lic. Elbio Laxalte Terra

Ciudadanas y ciudadanos, amigos y amigas

Ante todo agradecer vuestra presencia esta tarde, así como la amable invitación de la Universidad Partenón de Cozumel, y de su Señor Director Lic. Hilario Gutierrez Sandoval, para exponer acerca del laicismo.

Fernando Savater, el pensador español contemporáneo, señalaba que si no somos corresponsables del pasado, tampoco tendremos derecho a reclamarnos legítimos propietarios del futuro.

Como creo que no hay tarea más noble y que nos proyecta justamente como seres humanos, que pensar en el legado que todos y cada uno dejaremos a quienes nos sucedan, en particular en el terreno de los valores y de los principios éticos y humanísticos, es que deseo traer a la memoria algo de la historia del pasado más o menos reciente, que me parece ejemplificante y simbólico al momento de reflexionar sobre el presente y futuro del laicismo.

Hizo 100 años, el pasado 13 de octubre, que luego de un oscuro proceso, y acusado de hechos no probados, fue fusilado en Barcelona el ciudadano **Francisco Ferrer i Guardia**. Este, con enorme entereza, exigió que no se le vendaran los ojos, y antes de morir, tuvo tiempo de dirigirse a los soldados y decirles que estaban asesinando a un inocente. Su última expresión, cuando ya las balas que segaron su vida salían de los caños de los fusiles asesinos, fue la de gritar: “**Viva la Escuela Moderna!**”

Es que Francisco Ferrer fue ante todo un pedagogo absolutamente innovador, además de activista social y luchador por la laicidad; y fue un librepensador consecuente y militante. No es mi propósito exponer su biografía, pero sí decir que formaba parte de la gente que en su época, luchaba por la libertad de pensamiento y de enseñanza en una España atenazada por la religión y el conservadurismo. Sus pecados fueron impulsar desde el ámbito social, una Escuela Moderna, mixta, de niños y niñas juntos en la misma aula, y laica, basada en algunos principios básicos, como ser:

- una base científica y racional
- que comprendiera también el desarrollo del carácter, la cultura de la voluntad, la preparación de un ser moral y físico bien equilibrado
- una educación moral que debía apoyarse sobre la solidaridad
- un cambio del centro de la educación enfocada en el educando y no el docente
- una educación en contacto con la naturaleza. Por eso llevada a sus educandos a conocer la campiña, la fauna y la flora, en una época donde no se hablaba aun de ecología ni del respeto de la naturaleza.

He aquí, en estas aparentemente sencillas pero revolucionarias tesis, las razones de su fusilamiento. Su vil asesinato causó indignación mundial. El Premio Nobel de Literatura Anatole France en una carta abierta afirmaba: «*Su crimen es el de ser republicano,*

socialista, librepensador; su crimen es haber creado la enseñanza laica en Barcelona, instruido a millares de niños en la moral independiente, su crimen es haber fundado escuelas»;



Ciudadanas y ciudadanas, esto ocurría en España en 1909, no en un pasado remoto. Y cuando por fin en España triunfan las ideas democráticas republicanas, con el fin de la monarquía y la instauración de la República Española en 1931, el general Franco la ahogó en sangre, y fue el preludio de lo que pasó después en toda Europa. Insisto sobre esto: históricamente no hace tanto tiempo.

Y es importante traer esto a la memoria, pues el laicismo es uno de los resultantes principales de la evolución del movimiento de ideas que crearon las condiciones para los grandes cambios que tuvieron lugar a fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII. Fue la época que se abrió con las revoluciones francesa y norteamericana, los movimientos independentistas en las colonias españolas americanas, y el desarrollo de las concepciones democráticas y republicanas. Fue un gran torrente de ideas, debates, revoluciones y cambios en todos los ámbitos del quehacer humano, sean las actividades productivas, las artes, la política, los estados, la filosofía, etc. que llamamos actualmente y de manera genérica “La Modernidad”. Gran movimiento centrado en la libertad, el que finalmente fue sintetizado en el Lema conocido de la Revolución Francesa de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

A mi criterio, tres grandes ideas se gestaron e impulsaron este enorme proyecto:

- El Humanismo,
- El Librepensamiento, y
- La laicidad.

Intentemos verlos uno a uno. Pero también, para desgajar lo que puede ser aun válido, como también lo que necesitaría, tal vez, reverse, como manera de colocarnos de cara al futuro, que como dijimos, debería ser siempre la actitud que deberíamos tomar cuando nos detenemos a estudiar el pasado.

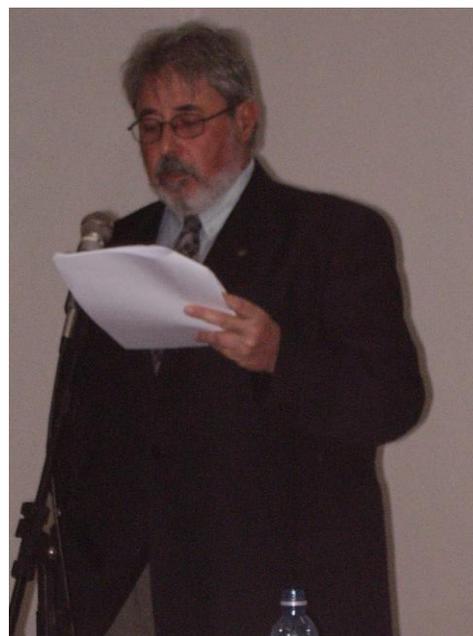
El Humanismo

El humanismo es, hablando simplemente, el pensamiento que pone al humano en el centro de su proyecto.

Al respecto habría que diferenciarlo del antropocentrismo, que pone al hombre en el centro del universo y del antropomorfismo que da aspecto humano a dioses, a animales o a cosas.

Este Humano que esta en el centro del proyecto humanista, no es ni una abstracción pura a partir de una lectura moral ideológica, ni tampoco un fetiche al que se le rinde un culto, un super-hombre perfecto, modelo referencial máximo.

Es, más precisamente, una particularidad, sólo un hombre o una mujer ordinarios, comunes, que se esfuerza en construirse, que se conquista a si mismo contra la obscuridad que permanentemente, sin cesar, lo invade. Más bien es una utopía operativa, que nace en el curso de una dialéctica, de un combate contra las obscuridades personales y exteriores. Este humano se cristaliza fugitivamente en una relación con el mundo y con los otros. Y como singularidad, cuando se vuelve él mismo y se reconoce como tal, es cuando se vuelve un ser universal.



Por lo tanto, estamos frente a un proceso dinámico, eterno. Propio al Humano.

El humanismo, por lo tanto, nunca podría ser una ideología, dado que no tiene definiciones sistemáticamente válidas de una vez y para siempre. Es una actitud de vida, que hace de su transitar su verdad.

Es cuando estos hombres y estas mujeres sensibles a determinadas actitudes de vida, encuentran puntos de convergencias y se descubren con denominadores comunes, que los mismos pueden devenir valores civilizacionales, o valores de sociedad. Por lo tanto el humanismo está lejano del dogmatismo. Es una construcción, tanto individual como colectiva. Y es una opción de vida para quién confía en que el ser humano es perfectible, y que toma la construcción de su destino personal y social como una responsabilidad de su condición humana, sin intervención externa.

Librepensamiento

Por su parte, el librepensamiento no podría confundirse con una ideología, ni con una toma de posición política, menos aun con una forma particular de moral. Por ello, tratar de esbozar una definición tampoco es fácil, ni cómodo.

Sin embargo el movimiento engendrado por el librepensamiento es, seguramente, uno de los componentes más importantes de la historia moderna. Tal vez hasta habría que decir, que, sin el librepensamiento, a lo menos, las búsquedas científicas y las libertades políticas, lo más probable es que no hubiesen visto la luz del día.

Podría pensarse en una redundancia de los términos. ¿Es que en definitiva todo pensamiento no es libre? Pero esta redundancia emerge cuando nos quedamos fijos, atados de forma estática a los términos. Es cuando lo vemos como una dinámica, y no como un dogma semántico, que encontramos la medida.

En realidad no existe ni libertad en si misma ni pensamiento en si mismo. Son abstracciones que sólo podrían darse en el limbo de las ideas puras.

Lo que existe para el humano ordinario, común y corriente, son liberaciones concretas, diríamos carnales, pues, la libertad no sería un estado puro y permanente, sino un devenir, una dinámica voluntaria que nace y se desarrolla, que se prueba y se fortalece frente a los obstáculos, y que frente a ellos es que se reconoce como tal. Es cuando reconocemos la opresión, que descubrimos la libertad.

Y, justamente, para el movimiento librepensador, el gran obstáculo a partir del cual se reconoció a sí mismo, como existente y también necesario, era y sigue siendo lo que ha dado a llamar “*el obscurantismo*”, “*el infame*” al decir de Voltaire.

También el obscurantismo es difícil de definir en concreto, pues cada época, cada región, cada cultura, y cada persona posee su obscurantismo. Como el blanco y el negro de un mosaico. Pero, sí podemos ver algunas condiciones necesarias a su existencia.

Podrían ser dos:

- por un lado, la necesidad a partir de un cierto momento en la vida de ciertos individuos o de ciertas colectividades de desarrollar la creencia en una verdad revelada y absoluta;
- a continuación, el deseo, cuando no la voluntad, de imponer esa “*verdad*” como ley omnipotente para todos, incluso a quienes no quieren aceptarla, o son indiferentes a su realidad.

La no existencia simultáneamente de estas condiciones, reduce el peligro impuesto por el obscurantismo, que no lo elimina, pues se trata de una tendencia al control, al ejercicio de una opresión a través de una vía de poder material o espiritual.

Por ello, en el cuadro del desarrollo histórico del librepensamiento, no podía evitar enfrentarse - incluso duramente - a la Iglesia, la de la Inquisición, la del poder de derecho divino, la de la educación dogmática, exclusiva y elitista, que justificaba una y otra.

Sin embargo, no es exclusivamente el fenómeno religioso el terreno del actuar del librepensamiento, sino el obscurantismo, el cual toma diversas formas, entre ellas las ideológicas y políticas y también en los terrenos de la ciencia o de la economía, cuando ella se vuelven dogmáticas. Por ello, al lado de los fundamentalismos religiosos, ciertos movimientos ideológico - políticos son canalizadores del obscurantismo (el nazismo y el estalinismo, por ejemplo). O el moderno dogma que consiste en poner al mercado, no como un lugar de intercambios económicos, sino también como regulador de las relaciones sociales.

Se puede decir, también, que, si el librepensamiento como corriente de ideas es un fenómeno relativamente reciente, y propio a la modernidad, sin embargo no deja de reconocerse en los diversos aportes realizados a lo largo de la historia.

El librepensamiento es ante todo un evento individual. Es el proceso de pensamiento crítico a partir del cual un individuo conquista una cuota de libertad. Es un ser humano que a través de una revuelta contra las fuerzas anímicas que lo sujetan, se individualiza.

El librepensamiento, como asunto humano, es resorte de los hombres y de las mujeres en concreto; ningún milagro los haría acceder a un absoluto. Y es imposible de ser todo el tiempo un librepensador; se es en la medida del combate de cada uno, y de la actitud

general que se tenga hacia los demás. El librepensamiento en su relatividad y heterogeneidad, es la garantía, en definitiva, de una búsqueda constante; o, lo que es lo mismo, de una lucha constante contra las diversas manifestaciones del obscurantismo, individual y/o social.

Pero, más allá de las inclinaciones individuales, los librepensadores entienden que la aplicación de la Razón, la experiencia, la observación y la prueba, son los únicos medios dignos de crédito para la determinación de la Verdad.

En consecuencia, el Librepensador se caracteriza por ser un buscador de la verdad, y rechaza toda autoridad que se oponga a la Razón, ya sea aquella de un hombre, la de un libro o la de una organización basada en la revelación, los milagros o la tradición.

Por lo tanto, el librepensador no puede tampoco reconocer como definitivo ningún sistema o doctrina, lo que le permite una alta resistencia a la dogmatización de su pensamiento o ideas. Y, como buscador de la verdad, es propio al librepensador sostener que la conquista de la libertad es obra del conocimiento. Por ello los librepensadores buscan extender los conocimientos a todos los seres humanos sin exclusiones.

Laicismo

El laicismo es el complemento necesario del Humanismo y del Librepensamiento. Es la traducción práctica, actuante, de disposiciones sociales que posibilitan y estimulan el desarrollo del librepensamiento (es decir, la educación para la libertad) de manera de desarrollar el humanismo.

Para ello, era necesario separar la educación del control de la religión, para ampliar las perspectivas de desarrollo individual. Pero, más ampliamente, había que erradicar la teocracia, es decir, el control religioso de la vida civil y política, y desplegar la democracia, el control del pueblo sobre el poder, y más aun, el republicanismo, la división de poderes y su mutuo control

Muchas veces no pensamos suficientemente que hasta hace muy poco tiempo atrás en el plano histórico, lo corriente era la confusión existente desde épocas inmemoriales entre el poder temporal y espiritual, que organizaban las sociedades sobre una base de control político, social y espiritual.

La modernidad, entonces, aparecía como una necesidad histórica: la enseñanza y la cultura científica debían reemplazar lo actuado en esos campos por la Iglesia, si se quería que los ciudadanos adquiriesen unos conocimientos y unas adaptaciones posibles al nuevo mundo que se abría marcado por la economía, el maquinismo y la urbanización.

Pero además, la modernidad formaba parte de un combate social y político: la iglesia estaba ligada a los sectores más reaccionarios de la sociedad, opuesto a todo cambio y progreso. De allí que incluso los combates obreros de la época, que ponían sobre el tapete la dimensión social de la modernidad, al resaltar sus deficiencias, en líneas generales debían estar contra la Iglesia.

Pero, a contrario sensus, el laicismo no es tampoco el control de la iglesia por el estado, ni un impedimento a las religiones de impartir consignas a sus miembros, como tampoco la repartición del poder entre diversas concepciones.

Es más bien un espacio de neutralidad actuante (que no significa que sea un ideal neutro o blando), donde el individuo puede, si él hace el esfuerzo indispensable, dejar de ser sujeto, para volverse un ciudadano.



La separación de la iglesia del estado, y la propagación de la educación obligatoria, gratuita y arreligiosa, que se impulsó e implantó en muchos países, fueron parte de ese enorme esfuerzo realizado para crear ciudadanía.

La República y sus instituciones entonces aparecen como garante de la libertad de conciencia y del libre ejercicio de los cultos religiosos o de las ideologías políticas o de las concepciones particulares, sin reconocerse en ninguna, ni

subvencionar a nadie en particular, pero haciendo respetar el espacio público como espacio común para todos.

Por ello el laicismo pregona e intenta crear las condiciones para que pueda manifestarse la independencia del espíritu, que permite la valorización del individuo gracias a la práctica del sentido crítico y de la razón, lo que le posibilita a su vez, integrarse mejor a una sociedad en perpetuo cambio, así como superarse como persona permanentemente. Es así que los individuos pueden desarrollar su capacidad de opción, que es un atributo de su libertad.

Toda búsqueda o investigación científica, la creatividad en el arte, la literatura o la filosofía tienen necesidad vital de la independencia de espíritu para su plenitud; no sentirse - como un Galileo, o un Giordano Bruno, un Bertold Brecht o un Alexandre Soljenitsin - bajo la presión dominante de las potencias dogmáticas, religiosas o doctrinarias.

La laicidad implica la tolerancia mutua, bajo una doble condición: que la tolerancia sea un hecho recíproco; y que ella no desemboque en un laxismo peligroso, por comodidad, debilidad de convicciones o búsqueda sistemática de un consenso blando como un flan. Tolerancia no es pasividad.

El laicismo es antidogmático, no antirreligioso, y este aspecto es relevante en la medida que los enemigos de la laicidad intentan hacer surgir esta confusión entre la gente, de forma de debilitar esta idea.

Por el contrario, el laicismo es la defensa legítima de las prácticas religiosas, como de la no creencia, para que unos y otros, en su libertad de conciencia, se encuentren cómodos y protegidos en las manifestaciones personales o colectivas de sus convicciones.

Esta defensa de la libertad de conciencia tiene un fundamento en la convicción de que los seres humanos son iguales en derechos, pero que también deben volverse iguales en las oportunidades, tanto en la perspectiva de un porvenir individual como colectivo. Lo que genera al tiempo un espíritu de responsabilidad y de solidaridad social.

En toda América Latina, sobre el final del siglo XIX y principios del XX se desarrolló un gran combate liberal laicista. Porque el laicismo representaba la construcción de ciudadanía, la construcción de los estados y el afianzamiento de los sistemas democráticos republicanos. La clave de esa lucha era la separación de la Iglesia del Estado y el desarrollo de la educación pública no confesional. Fue un gran combate, pues supuso una enorme resistencia de quienes no deseaban perder sus privilegios, en particular la iglesia católica. Muchos países lo hicieron por vía constitucional, y los resultados no fueron todos exitosos, en oportunidades funcionando algunos compromisos que posibilitaron el desarrollo en el sentido de un avance laico. Pero, durante décadas, los ideales laicos fueron valores muy fuertes por los que se luchaba como un aspecto esencial del progreso de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, el tiempo, el desgaste, la desmotivación y otros intereses, terminaron por debilitar estos ideales que fueron quedando reducidos a normativas legales y a una rutina administrativa. Los personeros de los Estados muchas veces guiados por intereses políticos de corto plazo, e intereses personales, fueron olvidando los grandes ideales sobre los cuales se construyeron los cimientos de nuestras repúblicas, transformándoles en los mejores casos en discursos vacíos de contenido con fines demagógicos o populistas. Da lástima constatar que desde los ámbitos estatales y gubernamentales, desde la misma enseñanza, incluso en los ámbitos universitarios, es la irrelevancia, la mediocridad y la intrascendencia lo que se destaca. Y esta realidad es la que está permitiendo otra: una progresiva, insistente, rampante ofensiva confesional contra la absolutamente frágil hoy día, idea de laicidad.

Desde las universidades del jesuitismo y del Opus Dei, salen los intelectuales orgánicos confesionales a través de publicaciones o seminarios, intentando propagar la llamada "*libertad de enseñanza*", que consiste esencialmente en re-introducir la enseñanza religiosa en las currículas y en los colegios públicos; y naturalmente, la subvención desde el erario público de la enseñanza confesional.

Las iglesias y sus lobbys están actuando sobre la sociedad internacional con el ánimo que las declaraciones o convenciones internacionales incluyan como derecho fundamental el denominado derecho a la libertad enseñanza y que este quede vinculado de una u otra forma al derecho denominado libertad religiosa; también esta idea de considerar la libertad de enseñanza religiosa como un derecho fundamental se ha introducido en alguna constitución, particularmente en Europa.

En América Latina existen no menos de 30 partidos con confesionalidades encubiertas, presentes en los Parlamentos de Brasil, Perú, Guatemala, Uruguay y Colombia, verdaderos adversarios del laicismo. En algunos países – como Brasil, cuyo Vicepresidente es líder de una comunidad pentecostal - hay una alianza estrecha entre grupos religiosos, ciertos partidos políticos y los gobiernos. El fundamentalismo protestante cuenta, en Estados Unidos con más de 200 compañías de televisión, 1.500 radioemisoras y una red de universidades, colegios y escuelas, con un enorme poder de influencia que se extiende por toda América latina. En todos nuestros países hay docenas y centenas de asociaciones civiles u ONG's cubriendo todos los ámbitos del quehacer social, dirigidas por los sectores confesionales. El lobby religioso internacional, actúa puntualmente presionando a los poderes políticos locales, cuando estos deben tratar leyes referidas a aspectos valóricos esenciales, como son los temas referidos al respeto de las opciones sexuales, la contracepción y el aborto, el derecho a la dignidad en la muerte, el divorcio, el matrimonio entre parejas homosexuales, etc. En Uruguay, cuando se trataba en el parlamento la despenalización del aborto, llovían las cartas, correos electrónicos, llamadas internacionales y la recogida de firmas en los diversos países, que

hacían llegar a cada diputado y senador. Hacían manifestaciones con niños disfrazados de angelitos frente a las casas de los legisladores, etc.



Pero veamos más de cerca: se solicita la libertad de enseñanza en nombre de ¿quien? De la misma laicidad, señalan sueltos de cuerpo los confesionales. El discurso es simple: según ellos laicidad es neutralidad del Estado, pero entiéndase esa neutralidad como prescindencia, y como el Estado debe ser prescindente, no debe tener posición ninguna en relación a la educación en los temas religiosos. Por ello, lo correcto, sostienen, sería re-introducir la educación religiosa en la enseñanza pública, porque el hecho de no educar en religión a los niños es lo que viola la laicidad, pues en ese caso, se estaría ejerciendo una discriminación, que naturalmente, dicen, viola la laicidad. Pero, agregan enseguida, el problema no está en la laicidad en la cual *“todos estamos de acuerdo”*, sino que el problema está en la actitud intransigente del laicismo, que es *“una concepción ... de cuño libre-pensador-francés, profundamente negativa, dogmática,*

excluyente y hasta agresiva”, como señalaba no hace mucho, un personero de los clericales uruguayos, el Dr. Ignacio de Posadas. Sin ninguna vergüenza, dan vueltas los conceptos y crean una terrible confusión, donde los laicistas terminan siendo los malos de la película. Ellos sostienen que *“combaten al laicismo”*, porque *“defienden la laicidad”*. Como que no haya habido que luchar durante décadas para que la educación confesional resignara sus posiciones de pretender la dominación de las conciencias, y para que pudiera secularizarse la sociedad y el Estado. Ese es el hipócrita discurso que los confesionales levantan, para intentar violar, subvertir, desnaturalizar la laicidad. Subversión sin miramientos de los conceptos, la mentira y la deformación como política, en una ofensiva que es internacional y de largo aliento, que tiende a protagonizar una revancha histórica sobre el laicismo.

Voy a poner algún ejemplo de esta ofensiva. Por ejemplo, la iniciativa del Presidente de Paraguay, el obispo Fernando Lugo, de debatir en el MERCOSUR la introducción de la enseñanza religiosa en la educación pública. La actual ofensiva conjunta de múltiples congregaciones religiosas no católicas, que están haciendo lobby hacia las autoridades públicas, tendientes a modificar el concepto de laicidad establecido en la normativa legal uruguaya, que establece claramente desde 1909 que no se imparte religión en la educación primaria. La idea que exponen es simple en su esencia: laicidad no es que no se enseñe religión en las escuelas, sino que no se enseñe solamente *una* religión, la de la fe católica, que fue tradicionalmente la única existente. Esto, sostienen, ya fue resuelto en el pasado. Pero hora de lo que se trata es de tener en cuenta la existencia de una realidad múltiple del fenómeno religioso, por lo que solicitan subvencionar a *todas* las religiones; introducir la enseñanza religiosa en la escuela, y que el Estado tenga profesores pagos de religión, de acuerdo a la religión de cada uno y abrir aun más ampliamente el espacio público, para que las diversas religiones expongan sus monumentos y/o símbolos propios.

Otro caso: en la provincia de Salta, en Argentina, se reintrodujo en la educación pública la educación religiosa. El gobierno de Ortega, en Nicaragua, aliado al catolicismo, dio marcha atrás en la despenalización del aborto. El presidente uruguayo vetó a sus propios legisladores que mayoritariamente estaban a favor de la despenalización del aborto, haciendo fracasar la iniciativa parlamentaria que despenalizaba el aborto y aprobaba un

proyecto de salud reproductiva. También contrató a una congregación salesiana para administrar una repartición pública especializada en menores infractores, realizó una misa en la embajada uruguaya en Roma, y los organismos públicos tienen cantidad de convenios de formación del personal público en las universidades del Opus Dei y de los jesuitas. El Municipio de Montevideo permitió poner una estatua del papa en una de las principales avenidas, y ahora las otras religiones existentes en el país solicitan poner también sus monumentos en la vía pública. El Estado ha permitido la invasión de las sectas pentecostales en las frecuencias de radio y televisión.

Es decir, también tenemos una progresiva des-responsabilización de los Estado sobre el concepto de laicidad, los cuales poco a poco, abren sus puertas a una intromisión cada vez más fuerte de lo confesional en lo gubernamental y en los espacios públicos.

Y, finalmente, un comentario aparte merece el documento conocido recientemente, elaborado por la Conferencia Episcopal Uruguaya, como criterios orientadores para elaborar propuestas educativas y contratar personal docente, firmado por todos los obispos y de referencia obligatoria para los colegios católicos. La idea es que, de ahora en más, los colegios cumplan con un proyecto pastoral más riguroso, debiendo haber "*identidad, adhesión, pertenencia y sobre todo comunión*", con las posiciones de la iglesia. Es en ese sentido, que, además del rol "*evangelizador*" del docente, se pondrá atención en aspectos de su vida privada, como si es homosexual o un divorciado que se haya vuelto a casar. Estas opciones personales "*distintas de lo que es el pensamiento de la iglesia*" no resultan convenientes para trabajar en las instituciones de enseñanzas católicas. Este es todo un manifiesto acerca de lo que piensa realmente la iglesia que dice apoyar la laicidad: su llamada laicidad sí que es discriminatoria, su llamada laicidad sí que segrega, y atenta contra la libertad individual, su pseudo laicidad sí que es dogmática y antitolerante. Quienes impulsamos la verdadera laicidad lo hacemos justamente con un espíritu absolutamente incluyente, como diría Norberto Bobbio, como condición para la convivencia de todas las culturas, sin excluir ninguna, pero creando las condiciones de respeto humano y por las opciones individuales de cada uno, siempre que no deseen imponerlas a los demás; que esta sí es la verdadera laicidad.

Entonces, amigos y amigas, estamos en un tiempo nuevo. Un tiempo nuevo donde empiezan a aflorar, muchas veces como lobo disfrazado de piel de cordero, aquí y allí, los viejos planteamientos dogmáticos, que intentan volver a ocupar espacios en la esfera pública, intentan aliarse con los poderes políticos (siempre ávidos de votos, que no de principios), y hacernos volver y retroceder en décadas. Y si esto sucede en este plano, no tardará en surgir otros que también tendrán la tentación de violar esas reglas y hábitos de convivencia, lo que puede dar lugar a peligrosas derivas dogmáticas y totalitarias.

Nosotros creemos que la laicidad, es un estado de situación, una cultura social que permite la convivencia, la tolerancia y la posibilidad de manifestación de todas las ideas y todas las creencias, en un marco de respeto e igual tratamiento para todas, en su ámbito particular. Es por ello que el Estado, sin apoyar ninguna de



ellas, no debe ser neutro, no debe ser prescindente, sino que debe ser activo en el mantenimiento de esa posición, y en la creación de conciencia de la importancia de la misma, para que en un espacio público abierto a todos, florezcan las libertades, garantía de ciudadanía de buen funcionamiento de las instituciones democráticas. Pero, la laicidad, que no es una doctrina en sí misma, sino un estilo de vida social, sí debe estar defendida. Nosotros sí nos reivindicamos laicistas, sin ninguna vergüenza, pues es gracias a la lucha de los laicistas que hubo laicidad.

Laicidad que empieza a estar asediada por sus ancestrales enemigos, que por más que cambien el discurso ya los conocemos: son los mismos que mataron a Francisco Ferrer i Guardia, son los mismos que impulsaron la inquisición, son quienes impulsaron guerras santas para exterminar a sus oponentes, incluso contra otros cristianos, cuando la contrarreforma, y que no tienen ninguna autoridad ética para criticar el fundamentalismo islámico de hoy, porque están haciendo las mismas barbaridades que ellos hicieron hasta hace muy poco tiempo, por ejemplo con Franco en España. Y que hoy se manifiesta en hipocresía esencial, cuando discriminan a docentes por sus opciones sexuales, cuando toleran y ocultan la existencia de curas pederastas.

Hoy hay una ofensiva ideológica contra la laicidad, en todos lados, y nuevamente se manifiesta en la búsqueda de alianzas con los poderes políticos, o confiando en su pasividad, sin importar el signo del mismo. Esa ofensiva se da en Francia, España, Italia, y en nuestro continente. Se da en los Estados Unidos, donde el conservadurismo religioso impide la enseñanza científica, y en donde en muchos centros de enseñanza no existe la teoría de la evolución sino que en pleno siglo XXI se enseña el creacionismo, o la teoría del diseño inteligente.

Debemos reaccionar. La laicidad está en peligro como nunca antes. Todos quienes defendemos la laicidad debemos salir de la pasividad, y no quedarnos en la tranquilidad de una legislación, que si no la rodeamos de sustancia, pronto podrá ser en los hechos, letra muerta. Debemos entonces colocar nuevamente el tema en el debate social, y denunciar y oponernos a los ataques a la laicidad, y denunciar las complicidades que desde el poder político puedan instalarse. Y claro que van a atacarnos de intolerantes, de dogmáticos, de ateos. Claro que van a anatematizarnos y diabolizarnos. Ya lo están haciendo.

Y así como su ofensiva es global, nuestra defensa debe ser también global. Debemos unir las voluntades libres para hacer de la defensa de la laicidad un gran movimiento continental e internacional. Porque defender la laicidad, es impulsar la democracia, la tolerancia, la libertad de pensamiento y de expresión, el respeto por todas las creencias y no creencias, de todas las ideas y filosofías, y la apertura mental para nuestras sociedades. Los laicistas, no deseamos la laicidad solo para nosotros. La deseamos para todos, como una mejor manera de vivir libre y pacíficamente en sociedad. Esto es lo que nos diferencia de los dogmáticos, de cualquier signo, que lo que desean es que todos vivan al compás de sus creencias.

Tenemos un gran combate laico por delante. Salvo que hoy ya no será solo en el terreno estrecho de los estados nacionales, sino mucho más amplio, a una escala regional, continental y global. Qué ese es nuestro gran desafío hoy para los laicistas y los librepensadores. Esperemos estar a la altura de lo que estos nuevos tiempos solicitan de nosotros.

Muchas gracias.